

“TIEMPO PRESENTE Y FIN DE LOS TIEMPOS”

Por: Eliseo Tourón.

Muchas veces encanto-desencanto, es una cuestión pasajera

Para abordar este tema, tiempo presente y fin de los tiempos, dentro del ciclo: Desencanto y Esperanza, voy a echar mano a un presente que está más o menos en el ánimo de todos y que ha causado un impacto, un sobresalto, bastante gordo y me refiero al golpe militar. Sí, desde ahí, desde este presente, vimos los cuernos de doña Friolera, con orejas de totalitarismo y que produjo una reacción muy fuerte dentro de todo nuestro contexto nacional, humano y también cristiano, ¿dónde estaría el desencanto?. Aquí se han hecho preguntas de las posibles actitudes sobre los desencantos de nuestro mundo, pero para nosotros, éste hubiera sido, en concreto, un fuerte desencanto; hubiera quedado el problema del paro, un millón y medio, sin resolver y más agravadas las amenazas de las cabezas que podrían ser cortadas, muchos miembros inutilizados de este cuerpo nacional que ya ha vivido, y muy cercanamente, una guerra civil. Pero en fin, no sabemos hasta dónde podían haber llegado. Ciertamente, esto motivó que el tema llamado desencanto, en un principio, se concibiera como una situación que más bien parecía pasotismo. Ahora resulta que este pasotismo parece que ha tomado otro giro y se ha sumado a la democracia. Ciertamente que quizá haya también unos aspectos positivos de estas cosas que algunas veces, inesperadamente, nos sorprenden, pero que en el fondo nos hacen revelar viejos males profundos que hay dentro

de nosotros y al mismo tiempo nos hacen reflexionar de que muchas veces, encanto-desencanto es una cuestión pasajera, y es una cuestión, quizá hasta mal presentada o mal vivida, sobre todo. Y entonces, son reacciones muy elementales, muy primarias, las que nos dan sobre este campo.

Si yo escogiera, en lugar de este acontecimiento excitante, y me pusiera en el caso de uno de tantos que después de una carrera universitaria dejaron su puesto de catedrático de la Universidad de Salamanca y eligieron una cosa que hoy no está muy de moda, ser cura, y aceptaron toda una formación teológica y se formaron incluso en Alemania y cuando todo estaba maduro para tener una cátedra, al menos en la “Ponti”, pues renuncian absolutamente a esta carrerita y se lanzan a ser un cura rural, de una de esas bolsas de miseria de esa España increíble de la zona charra salmantina, y allá, como un cura pastoral, van creando esas comunidades, que están destinadas ya, por un capitalismo fatalista, a ser bolsas de miseria que han de desaparecer con todos sus pueblos y con todas sus gentes, y a las cuales no hay absolutamente ningún elemento que se destine económica y culturalmente a que puedan sobrevivir. Pues bien, estas bolsas de miseria de las cuales no se habla, había antes en el desencanto, hay ahora y, probablemente a lo mejor

seguirán después. Pero ¿no es admirable que un hombre como éste, cristiano, deja toda su carrerilla y se lanza a ser un cura anónimo rural, por otra parte, bastante conocido, y con el que se han pluralizado otros muchos jóvenes, e incluso, os voy a decir, en una zona de miseria hasta una comunidad de clausura, de religiosas, donde apenas en un caserón se mueven para vivir su vida contemplativa, su vida de compromiso? ¿No es éste un signo de esperanza? Si estos casos, a nivel de esas bolsas de miseria, crean un ámbito de esperanza, precisamente para demostrarnos en este mundo que nos pusieron muy bien los análisis diagnósticos y sociológicos de Altarbi, de que verdaderamente son muy relativos el desencanto y la esperanza de igual manera, nos abren unos horizontes incalculables de tantos que han elegido, no precisamente los lugares de la comodidad y de la pequeña burguesía, sino que han elegido, dentro de las ciudades, las periferias, lo que está mal en calles, en tiendas, en escuelas en situación agravante y en situación enormemente precaria.

Y en la incomodidad, pero también en la alegría y en la libertad de todas estas elecciones, brotan las posibilidades de la esperanza, esos gérmenes que ya están madurando ahí y que probablemente, muchas veces los hombres somos tan cegatos que no vemos. Sin embargo, estos son para mí grandes signos de la esperanza de nuestro tiempo.

Debemos recuperar un término que ha sido definido y que tienen una gran evocación, y es el término novísimo

Pues bien, con este ejemplo, sacado así de la mano, quiero introducir "El tiempo presente y el fin de los tiempos". Cuando me planteo qué es y qué debe entenderse por el tiempo presente, pues me refiero a este mundo en concreto, en donde tantas cosas suceden y algunas veces de verdadero sobresalto. Pero bien, este tiempo presente, ¿qué valor ha de tener desde la escatología cristiana? Y cuando digo escatología, entendedme muy bien con aquellos términos que debemos recuperar, porque ellos son enormemente ricos para definir esto que llamamos escatología cristiana; y es que esta creencia, esperanza en un tiempo pleno para el hombre en todas sus dimensiones de persona, de comunidad y de mundo, este tiempo que espera su consumación en la libertad y liberación de toda opresión, alienación, frustración,

castración a todos los niveles y espera una Humanidad, muchas veces nada más que soñada, de fraternidad, esa escatología del final que muy bien ha perfilado Jesús en su vida, pero sobre todo en su Misterio Pascual. Decimos que al entender esa escatología, debemos recuperar un término que ha sido definido y que tiene una gran evocación, y es el término **novísimo**. Novísimo es realmente el fin de los tiempos, novísimo es ese hombre nuevo y esa mujer nueva y esos cielos nuevos, y esas tierras nuevas que prometen la Resurrección de Jesús.

Y por eso, cuando nosotros hablemos de "esjatón", como lo último, lo definitivo, lo pleno, no nos quedaremos simplemente con el término del final, sino de un final de plenitud que ha sido anticipado en esta sorprendente Resurrección de Jesús. Y con eso queremos decir "esjatón", o lo último, lo verdaderamente cristiano, lo definitivo.

Pues bien, ese último y definitivo estado de las cosas y de los hombres, que preanuncia la Resurrección de Jesús, ¿qué valoración tiene sobre el presente, sobre este presente?. Naturalmente el presente, si lo tomamos de esa manera fugaz, cronometrada, de que es un instante, que en el momento que lo queremos apresar, se fuga, sabemos que es una definición elemental, vulgar, aunque sea cronométrica, que el hombre donde se asienta el tiempo, el sujeto

de la temporalidad, es mucho más que un ser que discurre en la temporalidad diacrónica de ese pasado y de este presente hacia un futuro, presente-futuro, presente otra vez pasado para llegar a ser otro presente y así sucesivamente e ininterrumpidamente. No es eso, porque el mismo hombre que algunas veces es metido de esta forma y percibe capacidades de tiempo en su propia experiencia, también es cierto que el hombre sabe dominar la propia temporalidad, sabe estar más allá de su propio presente, reviviendo todo un pasado de riqueza e incluso proyectándose hacia un futuro. No es nada extraño que ese futuro haya sido y es una de las grandes aspiraciones y utopías del hombre, porque en él prefiere el hombre proyectarse, más allá de sus propias frustraciones actuales y más allá de sus propias limitaciones.

Si nosotros entendemos por presente este mundo en que estamos temporalmente insertos y conocemos este mundo desde esta valoración escatológica cristiana, ¿qué tenemos que decir sobre él? Naturalmente, ha habido una valoración del presente, de este mundo presente, de esta actualidad, en un sentido negativo y efectivamente, si nosotros entendemos como el mundo presente en el que vivimos, encontramos dentro de la escatología cristiana, un sentido negativo, es decir, el mundo como pecado.

El mundo como pecado está dominado por una triple concupiscencia que sabeis, la ciega concupiscencia tantas veces traída a cuento de la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la vida.

muerte, el Thanatos, ese impulso que es destructivo y limitativo, pero al mismo tiempo, conservativo dentro de este hombre, para que ese deseo desmesurado del hombre se convierta en un principio de realidad y de seso, de equilibrio, de tal manera que la salida Freudiana de este hombre es el deseo insatisfecho, que tiene múltiples inhibiciones, complejos de inferioridad, de insatisfacción y al mismo tiempo, de enormes frustraciones y castraciones y que cuando quiere proyectarse en lo religioso, busca ese deseo colmado, pero eso es una profunda ilusión que enajena al mismo hombre, que va por esos derroteros y no le hace más que querer revivir aquel momento de fusión primitiva del niño con la madre en el seno maternal, paraíso perdido que nunca más será recuperado y que

Soberbia ideológica de justificar el mercado y la explotación del hombre por el hombre

Esta autosuficiencia que tiene el hombre, este ansia de dominación y de posesión que le crean esos ámbitos de agresividad enorme a lo largo de todos los tiempos y de todos los mundos de la actualidad que, efectivamente, sí han hecho una especie de desarrollo económico; esta competitividad en el mercado, en la industrialización, en la ciencia. Sin embargo, hemos visto también, que este diagnóstico ha traído que la unilateralidad de un desarrollo ha creado un enanismo en el campo de este hombre, que no se ha desarrollado, sino que, al contrario, ha ido empobreciéndose humanamente por muchos otros aspectos. Pues bien, este mundo de pecado, si lo tomamos así, que ha sido dominado por la concupiscencia del hombre en todos los órdenes, del hombre con el hombre, en cuanto que un hombre para otro hombre en esta sociedad occidental ha sido definida "homo homini lupus", como de hombre a hombre es como un lobo, cuya agresividad animal ha tenido que pactar para que no seamos devorados por los otros y formar una sociedad de pacto social, y si este mundo de pecado ha sido valorado por el mismo hombre a través de las distintas valoraciones que ha descubierto el psicoanálisis freudiano, el análisis marxista, ¿qué nos dicen en el fondo?. Esa triple concupiscencia la descubren dentro de nosotros en una forma de secularidad, es evidente que esos dos principios que están latentes dentro de nosotros (el principio del placer, del eros) que nos atrae enormemente, como una gran concupiscencia que necesita ser satisfecha, pero al que se opone una pulsación enormemente contraria, que es la

sólo puede ser recuperado por un sistema ecológico humano de equilibrio entre el deseo y la muerte limitativa, teniendo que aceptar un final finito. Ese es más o menos el panorama analizado por Marx, al menos en el análisis de ese mundo como pecado o como injusticia social. En el análisis de este mundo productivo, de estos sistemas de producción, nos encontramos, también que el ansia de la concupiscencia del dominio, que esa soberbia ideológica de justificar el mercado y la explotación del hombre por el hombre, que después él tratará de buscar, como la gran salida, una lucha de clases y un proletariado mesiánico para redimir esa tremenda explotación del hombre por el hombre y este trabajo donde le arranca lo mejor de él, la plusvalía, su propia personalidad, proyectando ya una utopía. Es evidente que, por una parte nos descubre eso mismo que en la escatología cristiana, ya desde el Antiguo Testamento hasta el Nuevo, señalan que este mundo presente tiene una dimensión de frustración, de alienación, de opresión, que revelan la situación de pecado, injusta, no realizada, de un hombre en libertad con los demás hombres, no de agresividad, y en lucha social, y al mismo tiempo, revela todavía una situación muy precaria en orden a una proyección de Humanidad equilibrada. Pues bien, podríamos haber encontrado otra valoración del mundo presente como una dimensión de pecado donde predominan estos aspectos, sino también ha descubierto que en este mismo mundo presente hay, y sigue habiendo, a pesar de todo, aunque sea secuestrada la Humanidad y este mismo cosmos o mundo

por estas vanidades, por estas concupiscencias, por estas apetencias tremendamente egoístas y ególatras, e incluso inmolatorias, casi de holocausto, de unos contra otros, de unos pueblos contra otros pueblos; tenemos aquí una valoración positiva, como digo, de este mundo presente y esta valoración es el mundo como creación de Dios, y esto está muy vivo, muy latente, a pesar de que el hombre ha negado en todos estos niveles de opresión, de injusticia y en estos niveles de pecado, todavía brota esa experiencia en la misma vida, en este presente incluso en donde hay capacidades de ser regenerados por la vida, en donde hay una posibilidad para la esperanza, en donde no todo es injusticia ni todo es opresión, donde ya se apuntan aspectos de libertad, donde ya hay liberación, donde hay no la superioridad del poder frente a lo pequeño, a lo insignificante, sino una valoración de lo insignificante y de lo pequeño.

Escatología cristiana

No voy a entrar en los análisis socioeconómicos de nuestra propia actualidad presente, que hacía también Alberdi, donde a pesar del gran desencanto general y mayoritario, existía también el minoritario, quizá muy relevante de estos brotes de esperanza, que no hacen más que poner de manifiesto una y otra vez que, en este hundimiento de la actualidad, brota un mundo, todavía creación de Dios y que el hombre asume como su propio proyecto, incluso, hacia su consumación. La escatología cristiana ha visto que la posibilidad de este mundo que llamamos oprimido, enajenado o castrado, tiene también los brotes, como digo, del mundo regenerado, renovado, resucitado y la encrucijada de la escatología cristiana, en donde nosotros debemos vivir o leer el presente, incluso con proyección o anticipación del futuro, de ese fin de los tiempos o consumación, y al mismo tiempo, nos vamos a interrogar sobre él, de qué forma actúa sobre el presente, si en forma negativa, amarrándolo, o en forma positiva, potenciándolo. Tendremos que decir que la escatología cristiana, para lograr el punto de inserción de cómo se libera, de cómo se redime este mundo de vanidad, de opresión y toma el cariz del mundo como creación de Dios, tenemos que encontrarlo en el mismo proyecto de Jesús y esto es lo que nos enseña, lo que nos apunta, como un verdadero germen prometedor, toda la escatología cristiana.

La escatología la debemos entender, antes de cosmológicamente de esos cielos nuevos, de esa

tierra nueva, de esos frutos de los tiempos, la debemos entender, en una forma personal; antes de cosmológica, es primordialmente personal. Ciertamente, desde siempre, la escatología cristiana ha sido interpretada de esta manera. Ya Agustín decía que el lugar definitivo del hombre es el mismo Dios. Digamos: Dios es el futuro absoluto del hombre, o también dicho de otra manera, Dios es el cielo del Hombre.

Pero los escatólogos cristianos actuales han querido revalorizar y personalizar esta escatología cristiana, que nosotros habíamos cosmológizado demasiado e, incluso, con aspectos ridículos y temerosos tanto en la destrucción del infierno, porque hacíamos de la escatología más bien una crónica de los últimos tiempos que una verdadera anticipación, ya en nuestra propia vida, en nuestra propia comunidad o sociedad cristiana y habíamos perdido de vista

que, en última instancia, quien polariza toda la escatología cristiana es Jesús de Nazaret, y en El es donde tenemos que advertir esto. Si Dios es para el que lo tiene, Cielo, y para el que lo pierde Infierno para el que lo sufre Purgatorio, y para el que lo busca es la Esperanza, de igual manera tenemos que decir que es Dios y tiene rostro de Jesús, y el que tiene a Jesús vive en la Bienaventuranza del Cielo, y el que lo pierde vive en una ausencia de Bienaventuranza, en un dolor de su propia autoconfirmación y frustración, y el que lo busca ansiosamente en medio de la purgación, constituye para él esa búsqueda acrisolada y madura y al mismo tiempo, quien en última instancia lo posee, comienza a vivir ya la situación de resucitado, de esperar, de esperar a consumarse.

Y esta escatología cristiana se personaliza en Dios, se teologiza y cristologiza en Jesús, en El debemos encontrar todos los antecedentes del verdadero tiempo presente y, sobre todo, la gran anticipación del futuro.

Y eso es lo que quería yo ya empezar a decir. Cuales son los aspectos de esta escatología o fin de los tiempos, que al mismo tiempo, potencian el verdadero presente en el cual el hombre debe vivir, y al mismo tiempo esta escatología lo desestabiliza, lo descentraliza del presente, lo saca de un presente que puede ser enormemente enajenador e inestabilizador para el

propio hombre. Entonces nos encontramos que la escatología tiene esta doble función: por una parte, Jesús nos anuncia, nos anticipa, nos comunica la posibilidad de experimentar ese hombre, esa mujer nuevos, en ese proyecto cristiano de su propio Evangelio, Evangelio que es un comportamiento de ser a nivel de personas y que comporta una relación nueva con el Dios-Padre, además de tener una implicación en la relación con los demás hombres, porque crea la verdadera fraternidad, no sospechada ni sospechosa y al mismo tiempo, una gran estimación a estos bienes que da la tierra y que da este cosmos. Son la gran donación de la vida, la simbología que ha de ser la base de la construcción de la escatología final. Pues bien, Jesús nos enseñará en su propia vida de qué manera el presente, por una parte, es un gran anuncio y es un proyecto en marcha, en realidad, que espera su propia consolidación y consumación.

Pero al mismo tiempo, esta escatología es denunciadora de todos los demás presentes que son inauténticos dentro de la vida y de los proyectos de los hombres. Por eso, la escatología lo mismo anuncia una buena nueva que en sí misma se convierte en una denuncia de todas las malas nuevas que hacemos los hombres.

El gran proyecto de Jesús, fue en última instancia, como gran respuesta, la del anuncio del Reino de Dios. ¿Y en qué consiste este anuncio del Reino de Dios?. Jesús lo ha hecho en su forma programática de la siguiente manera: Cuando Jesús, en aquella primavera de Galilea, comenzó el anuncio del Reino y su Ministerio público entre los hombres de aquellas comarcas del lago genesaré.

que ha hecho que el tiempo se cumpla, su propia presencia en la historia, la historia de los hombres, ha hecho que el tiempo se haya cuajado, se puede decir que el tiempo se ha cumplido, que estamos ya en la concreción de este tiempo y que ya estamos en el fin de los tiempos. Pero también se dice que el Reino está cerca y esta cercanía es que todavía no es presente, esta cercanía es una cercanía que está irrumpiendo en la vida de los hombres, es ya una presencia oculta, pequeña, pero presencia, y entre nosotros, y por eso, ante la presencia de este Reino, que va a significar todas las nuevas relaciones del hombre con Dios, que encarna perfectamente Jesús, las relaciones que ha invocado por primera vez en toda la intimidad, en toda la profundidad, a ese Dios como Padre. Y que al mismo tiempo, de esa profundidad de su propio ser comunicándose con Dios y de ese Dios manifestándose a Jesús como Padre, ha nacido importado todo su mensaje del Reino, y desde ahí como gran centro y núcleo, se pueden explicar esas relaciones de los hombres entre sí, los cuales están llamados por encima, incluso de las discriminaciones raciales y de las discriminaciones religiosas y de las sociales y de las discriminaciones de tiempos y lugares y son convocados, invocados todos a formar en ese Reino de Dios, la gran familia, el nuevo pueblo, la nueva comunidad de los hombres, y dentro de esas relaciones que va a establecer la primacía de reconocer sólo en Dios al padre y de todos ser considerados como hermanos, que ha de ser una enorme revolución, mal entendida, pocas veces comprendida, de esta fraternidad, donde ya no va a resultar nadie maestro, porque sólo uno es el Maestro y nadie se va a llamar padre, porque uno solo es el Padre para todos. En esta nueva fraternidad se espera una regeneración y

Las Bienaventuranzas

Y comenzó la primavera de la cual han brotado muchas Pascuas floridas, muchas primaveras que no se agostan en el mundo y que serán capaces de regenerar muchas primaveras. En aquella primordial y original frenesía, (se podrá decir primavera) Jesús anunciaba, de una manera sorprendente, lo siguiente: El tiempo se ha completado, se ha consumido, el Reino de Dios, está cerca, Convertíos y creed en el Evangelio. El tiempo se ha cumplido. Es que hasta entonces el tiempo ha sido un rodar en esas máquinas, en esas esferas celestes, de tal manera que ese tiempo han dado a Jesús o realmente se puede decir que Jesús ha sido el

un cambio en profundidad de toda esa sociedad enormemente implicada y complicada en la cual nosotros estamos metidos.

Por eso se encierra este sencillo anuncio, que siempre sorprende, que siempre a los hombres los coge desprevenidos, que siempre malentendemos. Este tiempo que se ha cumplido porque el Reino está viviendo, porque el mismo Dios convoca tanto al tiempo en cumplimiento como el Reino en su venida, a los hombres les ofrece un cambio de vida, que es eso de la conversión, un cambio de mentalidad que abarca todo el ser del hombre, desde lo más profundo, desde

donde decidimos nuestras actuaciones, hacemos nuestras opciones, nos convencemos o nos desconvencemos, desde donde esperamos o nos desencantamos, desde donde tenemos un proyecto subjetivo o intolerable frente a los demás. Ahí, en ese lugar del propio hombre, donde se crece toda la persona en su corporalidad y en su dimensión espiritual, en esa unidad de la propia persona, ahí es donde Dios quiere que comience el cambio radical, que se difunda y se extienda a todas las relaciones que ese mismo hombre ha de mantener con Dios y que ese mismo hombre ha de mantener con los demás. Y ahí comienza ese mismo anuncio, cuando nosotros leemos en Jesús las llamadas Bienaventuranzas del monte, que son la conversión más utópica que han realizado los hombres y que representan uno de los cambios más radicales de la Historia, que bien entendidos, como ha querido el Canciller Bismark al decir que las Bienaventuranzas son extraordinarias para los desheredados de la Tierra, pero no para construir un Estado fuerte y durable. Pues bien, ahí está, precisamente la raíz de su innovación y la raíz de su sorpresa, y Jesús cuando dice en el Reino que ha anunciado, acercándose y estando presente, que Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los Cielos, dichosos los que ahora pasais hambre, porque os saciarán, dichosos los que ahora llorais, porque reiréis, dichosos vosotros cuando os odien los hombres y os expulsen y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame por causa de este hombre, alegraos ese día y saltad de gozo; mirad que vuestra recompensa será grande en el cielo.

Los hombres se han puesto ante estas Bienaventuranzas con diversas posturas. Unos han elegido la vía, porque no la pueden por menos de desmentir, de que son desmesuradas, que están en un estado utópico. Las podemos convertir como lo quiso el cantismo ilustrado del final del XVIII y principios del XIX, hagamos de ellas ese ideal, ese imperativo categórico: haz de tal manera tú, compórtate de tal manera tú, que serás ejemplo para los demás. Si las Bienaventuranzas tienen algún sentido, será convertirlas en ese imperativo categórico del hombre que quiere lograr una máxima perfección moral.

Ciertamente esta interpretación, sin negarle un cierto valor ético, que para los hombres de nuestro tiempo podría ser una pista favorable a otras situaciones mucho más adversas para el humanismo del hombre, sin embargo, es un malentendido de las Bienaventuranzas, porque las Bienaventuranzas no son el esfuerzo ético,

moral, prometico del hombre de alcanzar una perfección de tal manera que se constituye él modelo para los demás. Eso se presupone en el hombre de una capacidad convocatoria de regeneración de sí mismo, que los otros análisis del mismo hombre y de este hombre ilustrado que ha querido llegar a la mayoría, lo han desmentido después de Kant en muchísimos capítulos y en muchísimas secciones.

Las Bienaventuranzas del Reino de Dios, como gran expresión de esta escatología cristiana, presuponen la venida del Reino entre los hombres, lo que pasa es que este reino pasa inadvertido entre los hombres, no tiene la capacidad de ilusionar, porque los hombres están desilusionados por otras muchas cosas y son incapaces de descubrir la verdadera capacidad de ilusión que convoca y ata al Reino de Dios. El Reino de Dios es un don, porque es el mismo Dios haciéndose pasar entre los hombres con esta identificación curiosa, enormemente sugestiva, increíble, de un Dios que ya no va a ser de los poderosos, que está siendo, lo ha sido, pero ahora de una manera comprometedor, en la forma que lo hace Jesús, con los pobres de la tierra, los hambrientos. Su causa va a ser la causa de ellos; El no va a adorar ninguna Monarquía, ningún poder ideológico, no va a ser la cobertura de unos poderes fácticos, no va a legitimizar ningún poder en donde los pobres no sean rehabilitados como primer objetivo, a los cuales se les sirva, sin adulación y sin promesas falsas y nunca cumplidas, va a haber quien realmente se comprometa con los hambrientos y con esos hombres en la tierra desheredados que son el símbolo de ese grito y de ese lloro, porque estos todos reirán. Pero todavía no hubiéramos descubierto realmente esta escatología realizada si no viéramos que el Reino está llegando y tiene esa fuerza enloquecedora con que Jesús se anuncia, si no viéramos, también, en estas Bienaventuranzas del final, ya convocadas aquí, el presente, que detrás de ellas, en ese pobre (Bienaventurados los pobres) está el pobre por antonomasia, Jesús de Nazaret, que ha juntado su causa y su persona a la causa de esos mismos y ha matizado lo que nosotros abstraemos excesivamente, la identificación de El con los hombres, y con los hombres más pequeños e insignificantes, que no cuentan en los grandes sistemas de esta financiación, industrialización y comercialización del mundo, en esta división de poderes y de bloques; en esas se ha querido identificar El y está anunciando la aurora de ese Reino de Dios.

Evidentemente, estas Bienaventuranzas, que parecen absolutamente irrisorias o no válidas

para construir los grandes Estados del Oeste o del Este, los grandes estados poderosos, que el hombre prometico de nuestro tiempo conciencia la tecnología, la organización y pongamos todos los medios que quiere usar este hombre para realizar el gran mundo de la deshumanización, tendríamos que decir que ha hecho posible que estas Bienaventuranzas hayan tenido una vertiente de realidad.

de sus antepasados y de sus padres, y cuando ese guerrillero deponga sus armas en un Simón de Selotas y puedan convivir perfectamente el publicano con el fariseo convertido, y con el escriba y con todos los desechos de esta vasca de los Evangelios, entra y se regenera dentro del Reino y da la posibilidad de que esto sí pueda prosperar y funcionar dentro del Reino y en medio de los hombres, algunos de los discípulo-

¿Cuál será nuestra recompensa?

Cuando algunos discípulos, después de corretear con Jesús las aldeas y los pueblos de Galilea, la más apartada del reino, la más alejada, si queréis de Jerusalem, del templo, y muy inmiscuidas en la paganización, en todo lo más abominable que os podáis imaginar para la contracción religiosa, cuando había tenido origen el inicio, la convocatoria del Reino y ha formado los primeros discípulos que le siguen y cuando las multitudes se ha convocado por primera vez en la Historia, sin ser desengañadas, sin tener que decir que esa nueva frontera se ha venido abajo porque otros poderes la han venido manipulando y se ha convertido en un híbrido, cualquier cosa u otra de estas fuerzas ideológicas y movimientos que arrastran a unas partes y a otras, decepcionándolas o ahogándolas; cuando aquellas multitudes han tenido una confianza total en este Jesús porque no les ha defraudado, ha tenido también la convocatoria de aquellos discípulos y cuando ellos se han planteado ante esa escatología de Jesús, del Reino que ya empieza a brotar entre los hombres, germinalmente, como esa pequeña semilla que después va creciendo y se convierte en el árbol que cobija a todos y que, de alguna manera, les va anticipando a ellos todo aquello que Jesús había preanunciado en ese programa de las Bienaventuranzas. Porque realmente, las multitudes comen por primera vez, comen pan que les alimenta totalmente y por primera vez oyen una palabra que se les dice en la profundidad de ser del hombre y les convoca en su intimidad, en su novedad y en su definitividad, y cuando ya empiezan a preveer que es posible la fraternidad y que más allá de las razas, de las familias y más allá de las discriminaciones religiosas, pueden convivir una prostituta y un discípulo de Jesús, porque se ha convertido y encuentra una realización en el Reino, y donde pueden convivir un celta guerrillero azorado y desafortunado por el Reino de Dios, traído por las armas para que los perros de los romanos sean expulsados al Mediterráneo y vuelvan a la tierra

los, encantados de esto, le preguntan: y nosotros que te hemos seguido, ¿cuál será nuestra recompensa?... Nosotros hemos dejado a nuestro padre, a nuestra madre, a nuestros hermanos, nuestra casa, nuestras vacas o nuestras redes. Y Jesús contesta: Todo el que deje padre, madre, hermanos, mujer, hijos, casa... tendrá el ciento por uno en esta vida en hermanos, en madre, en padre, en casas y después, la vida también y la libertad.

Es un presente tremendamente convocatorio, que increíblemente se da, porque efectivamente, Jesús es uno de los casos en donde esa pobreza alcanza la máxima libertad. No está atado a ninguno de los bienes, se maneja con la libertad del Padre, se mueve de un sitio a otro, entra en una casa, sea de los fariseos, de los ricos, y entra y convoca al Reino a todos. Y entra en la casa de los pobres, y de todos es alimentado y por todos es recibido y aceptado y El se da en la totalidad a los demás, y es posible, entonces que mi casa sea su casa en el Reino y que todos aquellos que antes han vivido en esa separación, en ese egoísmo, en ese acantonamiento, abran las puertas de esa nueva familia que convoca el Reino de Jesús y se experimente, por primera vez la posibilidad de la convivencia en plenitud de la no posesión sino de la entrega y donación como máxima fuerza. Y entonces comprende que no buscando ninguna gratificación, que es el último móvil que mueve a la profundidad de este hombre caído. En la psicología se dice que este hombre no puede moverse sin una gratificación. La Gracia es una supergratificación, no buscando nada lo tiene todo al final, y esto es lo que, en última instancia, Jesús ha convocado en el presente de los hombres, porque ha traído al fin de los tiempos, porque ha hecho que el tiempo se cumpla, porque ha hecho que el Reino nazca.

Ciertamente que este Reino lo hemos visto abnegarse en la pasión, hemos visto que los

hombres, al leer la vida de Jesús, han dicho que es un hombre grande dentro de la Historia, ha hecho una verdadera revolución ética-profética, pero también los poderes fácticos de la época y convirtiéndose todas las ideologías y todos los poderes en una confabulación increíble; judíos con romanos, lo religioso con lo pagano, se confabulan y hunden a este hombre.

alegría la confianza, la fraternidad. Es esa causa, también, resucitada con la misma persona de Jesús.

Por eso, como última invitación escatológica cristiana, me pregunto con todos vosotros ¿qué es lo que pasa con nosotros los cristianos que no damos esa tesitura escatológica de aquello

Ultima invitación escatológica

La respuesta última y definitiva no la han dado los hombres, la ha dado ese Dios que ha liberado de la muerte a ese hombre al que los poderes fácticos han condenado a la muerte. La respuesta es la Resurrección, es la respuesta de que este hombre ha anunciado el Reino de Dios entre los hombres, ha hecho posible la reconciliación con Dios, con los demás, con todos y con el mundo. Este no ha caído en tierra vacía, ha sido levantado en su propia Resurrección. Y por eso, Dios ha dado con la Resurrección la respuesta ecuánime a este hombre que ha dado toda su vida, toda su fortuna, en favor del Reino y ese Reino ha encontrado aquello mismo que El había prometido, el ciento por uno, porque antes en casa, en hermanos, en hermanas, en madre los ha tenido también en la tierra. Y esta convocatoria del fin de los tiempos que anuncia la escatología cristiana en Jesús, sigue todavía existiendo en este mundo y siguen, todavía, por ella viviendo y muriendo muchos hombres de la tierra; por eso, al final, como invitación escatológica a que no haya en nosotros el temor como forma impura de mover ese fin de los tiempos, sino que recuperemos la forma pura, la forma de vivir de Jesús en esa plena libertad del pobre con los pobres y en esa plena libertad del hijo con el padre que es Dios, en donde no cabe el temor, sino donde impera la esperanza, la

que confesamos o esperamos?, ¿qué es lo que sucede?.

La escatología cristiana nos hace tímidos, inhibidos, temerosos, sujetos a todas las leyes que encadenan a los hombres en su falta de libertad y actúan con ese temor enorme de la posesión, o más bien la verdadera escatología cristiana, en quien la acepta, rompe todas las barreras del miedo y dispone su vida con un grado de generosidad que podríamos llamar testimonial, por eso la última invitación es a tomar en serio, que la vida merece vivirse si cae con esa generosidad con que ha caído la vida de Jesús, en favor de los hombres... Por eso El mismo nos ha dicho: "Si el grano de trigo no cae en la tierra y no muere, no da fruto", y también Jesús nos ha pedido esa generosidad, porque lo recuperamos todo en la vida del Padre, porque el Padre es capaz de dar la vida al que ha dado la vida por El. Si hay esta confianza y esta esperanza, ¿cómo es que nos inhibimos, nos retraemos, nos consideramos conservadores y lo hacemos en la vida?... Entonces, el que cae en la tierra y da fruto, también pide que unos sean los que siembren con la generosidad con que uno siembra y otros sean los que cosechen, porque todos en la escatología participan de la gran revolución